

GAITO GAZDÁNOV

EL ESPECTRO DE  
ALEKSANDR WOLF

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE MARIA GARCÍA BARRIS

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Призрак Александра Вольфа*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2015 by Maria García Barris  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S.A.U.

La traducción de la edición y la creación de la maqueta de edición han sido realizadas con el apoyo financiero de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación en el marco del Programa Federal «la Cultura de Rusia (para los años 2012-2018)»



AD VERBUM

En la cubierta, fotografía de Eadweard J. Muybridge

ISBN: 978-84-16011-41-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 675-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

De todos mis recuerdos, del sinfín de sensaciones de mi vida, ninguno me resultaba más amargo que el recuerdo del único asesinato que había cometido. Desde el momento mismo en que ocurrió, no ha habido un día en que no me haya arrepentido de él. No es que temiera un castigo, pues ocurrió en circunstancias excepcionales y no me cabía ninguna duda de que fuera posible actuar de otro modo. Por lo demás nadie conocía los hechos aparte de mí. Aquella muerte constituyó uno de los innumerables episodios de la guerra civil; en el curso general de los acontecimientos de la época podía considerarse un detalle insignificante, más por cuanto durante los escasos minutos y segundos que lo precedieron el resultado nos concernió únicamente a los dos: al extraño y a mí. Cuando terminó me quedé solo. Nadie más intervino.

No podría describir con exactitud qué había ocurrido antes, porque todo sucedía dentro de unos contornos confusos y vacilantes, como en casi todas las batallas de cualquier guerra, cuyos participantes ni se imaginan lo que ocurre en realidad. Era verano, en el sur de Rusia; hacía cuatro días que las tropas marchaban sin descanso y en desorden bajo el fuego de artillería y participando en combates esporádicos. Había perdido por completo la noción del tiempo, ni siquiera habría podido decir dónde me encontraba en ese momento. Lo único que recuerdo son sensaciones que podría haber experimentado en otras circunstancias: el hambre, la sed y un agotamiento abrumador; llevaba dos

noches sin dormir. El bochorno era intenso, en el aire flotaba un leve olor a humo; hacía una hora que habíamos dejado atrás un bosque con uno de sus lados en llamas, y allí donde no llegaba la luz del sol se deslizaba lentamente una sombra enorme y amarillenta. Me moría de ganas de dormir; cifraba la felicidad en detener la marcha, tumbarme sobre la hierba agostada, quedarme dormido al instante y olvidarme absolutamente de todo. Pero eso era justo lo que no podía hacer, así que proseguía mi camino a través de la ardiente y soñolienta neblina, y de vez en cuando tragaba saliva y me frotaba los ojos inflamados por la falta de sueño y el bochorno. Recuerdo que atravesábamos un bosquecillo cuando me apoyé contra un árbol durante lo que me pareció un segundo y me quedé dormido de pie bajo el sonido de los disparos, a los que hacía tiempo que estaba acostumbrado. Cuando abrí los ojos, no había nadie alrededor. Crucé el bosquecillo y continué por el camino en la dirección que suponía habían tomado mis compañeros. Acto seguido me dio alcance un cosaco que cabalgaba un veloz caballo bayo, me hizo una seña con la mano y gritó algo que no entendí. Al cabo de un rato tuve la suerte de toparme con una yegua negra y flaca, cuyo propietario parecía haber muerto. Aún conservaba las bridas y la silla de cosaco; mordisqueaba la hierba a la vez que agitaba sin parar su cola larga y rala. En cuanto salté sobre la silla, empezó a correr a galope tendido.

Avancé por un camino desierto y sinuoso; de vez en cuando alguna arboleda ocultaba el siguiente recodo. El sol estaba alto, el viento parecía vibrar a causa del calor. A pesar de que marchaba a buen paso, aún tenía la vaga sensación de que el tiempo transcurría con lentitud. Seguía ansiando dormir por encima de todo; este deseo llenaba mi cuerpo y mi conciencia a tal punto que cualquier

operación me parecía larga y penosa, aunque, naturalmente, en realidad no era así. El combate había cesado, todo estaba en calma; no se veía un alma a la redonda. Entonces, en una revuelta del camino, que describía un giro de casi noventa grados, mi caballo se desplomó en plena carrera. Caí junto con él en la oscuridad, pues tenía los ojos cerrados, pero tuve tiempo de sacar la pierna del estribo y apenas sufrí daño. La bala había penetrado por la oreja derecha de la yegua y le había atravesado la cabeza. Me puse de pie y, al volverme, vi a un jinete sobre un enorme caballo blanco que se acercaba a lo que me pareció un galope pesado y lento. Recordé que hacía rato que me faltaba el fusil, seguramente lo había olvidado en el bosque al quedarme dormido. Pero tenía el revólver, que saqué con dificultad de su funda nueva y dura. Permanecí quieto unos segundos, con el arma en la mano; el silencio era tan profundo que distinguí con claridad el seco golpeteo de los cascos sobre la tierra agrietada por el calor, el pesado resuello del caballo y lo que me pareció el sonido de cascabeles. Luego vi cómo el jinete soltaba las riendas y se echaba al hombro el fusil que hasta ese momento había mantenido cruzado sobre las piernas. En ese instante disparé. El jinete permaneció erguido un segundo, pero de inmediato se escurrió de la silla y cayó lentamente al suelo. Me quedé inmóvil junto a mi caballo muerto dos o tres minutos. Aún tenía muchas ganas de dormir y me dominaba el agotamiento. Pero conseguí apartar de mi mente la incertidumbre de lo que me esperaba y el miedo a no seguir vivo mucho tiempo, y, al fin, movido por el deseo irresistible de ver a quién había matado, decidí acercarme al jinete caído. Recorrer los escasos cincuenta metros que me separaban de él me costó lo indecible; aun así avancé paso a paso por la tierra agrietada y ardiente. Al fin me hallé a su lado. Sobre el camino

polvoriento yacía un hombre de unos veintidós o veintitrés años; el gorro había salido volando y tenía la cabeza rubia ladeada. Era un joven bien parecido. Me incliné sobre él y vi que estaba agonizando; unas burbujas de espuma rosada brotaban y estallaban en sus labios. Abrió los ojos, de mirada turbia, y, sin decir nada, los volvió a cerrar. Me quedé inclinado junto a él y contemplé su rostro mientras continuaba sosteniendo con los dedos entumecidos el revólver, que ya no necesitaba. De pronto una ligera ráfaga de aire cálido me trajo el trote de unos caballos apenas audible en la lejanía. Entonces me acordé del peligro que me acechaba. El caballo blanco del moribundo, con las orejas tiesas en señal de alerta, esperaba a unos pasos de él. Era un enorme garañón muy bien cuidado y limpio, con el lomo ligeramente sudado. Se distinguía por una ligereza excepcional y por su paciencia; unos días antes de abandonar Rusia se lo vendí a un colono alemán que a cambio me proporcionó provisiones en abundancia y me pagó una importante suma en una moneda sin valor. El revólver con el que había disparado—un magnífico Parabellum—lo lancé al mar, de modo que de aquel suceso no me quedó sino un penoso recuerdo que me persiguió a dondequiera que me llevó el destino. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, el recuerdo fue desvaneciéndose y al final casi perdió su primigenio carácter de intenso e irreparable pesar. No obstante, nunca conseguí olvidarlo del todo. Muchas veces—ya fuera verano o invierno, estuviera a la orilla del mar o en el interior del continente europeo—cerraba los ojos sin pensar en nada en particular, y de pronto, desde lo más hondo de mi memoria, surgía de nuevo aquella jornada sofocante en el sur de Rusia, y todas las sensaciones de aquel momento regresaban con su fuerza original. Volvía a contemplar la inmensa sombra de un gris rosáceo que emanaba del in-

cendio forestal, oía el chasquido de los troncos y las ramas ardiendo, volvía a sentir el cansancio indeleble y abrumador y el deseo casi insuperable de dormir, notaba el implacable resplandor del sol, el bochorno que hacía vibrar el aire y, finalmente, me invadía el mudo recuerdo de los dedos de mi mano derecha cerrándose sobre el revólver, el tacto de la áspera culata, que parecía haberse quedado impreso para siempre en mi piel, el ligero balanceo del negro punto de mira ante mi ojo derecho... y después la cabeza rubia tendida sobre el camino gris y polvoriento, el rostro transfigurado por la inminencia de la muerte, esa misma muerte que un segundo antes yo había invocado desde un futuro incierto.

En esa época tenía dieciséis años, de modo que el asesinato marcó el principio de mi vida adulta y no me extrañaría que hubiera dejado una involuntaria impronta en todo lo que he conocido y visto después. En cualquier caso, las circunstancias que acompañaron los hechos y todo lo demás adquirieron una claridad especial muchos años más tarde en París. Ocurrió que cayó en mis manos un volumen de relatos escrito por un autor inglés cuyo nombre nunca había oído hasta ese momento. El libro se titulaba *Vendré mañana (I'll Come Tomorrow)* como el primer relato, e incluía otros dos cuentos, «Los peces de colores» y «La aventura en la estepa» («The Adventure in the Steppe»). Estaba muy bien escrito, especialmente magníficos eran el ritmo ágil de la narración y una manera de ver las cosas poco común. Ni «Vendré mañana» ni «Los peces de colores» me despertaron ningún interés especial, salvo el normal que sentiría cualquier lector. «Vendré mañana» narraba con ironía la historia de una esposa infiel, el fracaso de su engaño y los malentendidos consiguientes. «Los peces de colores», cuya acción transcurría en Nue-

va York, transcribía el diálogo entre un hombre y una mujer y describía una melodía musical; la doncella había dejado olvidada una pequeña pecera encima de la calefacción y debido al agua caliente los peces saltaban fuera de la pecera y se golpeaban contra la alfombra, donde morían, pero el hombre y la mujer no se daban cuenta porque ella estaba ocupada tocando el piano y él escuchando su interpretación. El interés del relato estribaba en la introducción de la melodía musical como un comentario sentimental e irrefutable de la historia y la involuntaria intervención en ésta de los peces de colores que se retorcián sobre la alfombra.

El relato que más me sorprendió fue el tercero, «La aventura en la estepa». Llevaba como epígrafe una cita de Edgar Allan Poe: «*Beneath me lay my corpse, with the arrow in my temple*» [A mis pies yacía mi cadáver con una flecha clavada en la sien]. La cita sola ya habría bastado para atraer mi atención. Ahora me resulta imposible transmitir los sentimientos que iban apoderándose de mí a medida que avanzaba en la lectura. Narraba un episodio bélico, pero en ningún momento mencionaba el país donde transcurría la acción ni la nacionalidad de sus protagonistas, si bien el título, «La aventura en la estepa», indicaba a las claras que se trataba de Rusia. El relato empezaba así:

El mejor caballo que yo haya tenido nunca fue un garañón de media sangre, de pelaje blanco y gran tamaño, que destacaba especialmente por un trote amplio y ágil. Era un animal tan excepcional que me gustaba compararlo con uno de esos caballos que aparecen en el Apocalipsis. Esta semejanza, además, se subrayaba por el hecho de que precisamente en ese caballo iba yo a galope al encuentro de mi propia muerte por una tierra abrasada, uno de los veranos más calurosos que he conocido en mi vida.



En ese relato encontré una exacta reconstrucción de lo que yo había vivido en los tiempos lejanos de la guerra civil en Rusia, y la descripción de esos insoportables días de calor durante los cuales se libraron las batallas más largas y cruentas. Al fin llegué a las últimas páginas del relato, que leí conteniendo la respiración. Allí estaba mi yegua negra y el recodo del camino en que cayó muerta. El protagonista del relato, que era a su vez el narrador, estaba convencido de que el jinete caído con su caballo había quedado gravemente herido, sino muerto, pues él había disparado dos veces y en ambas ocasiones le pareció que había dado en el blanco. No comprendo por qué yo sólo había oído un único disparo.

Pero no estaba muerto, ni siquiera herido—continuaba el autor—pues vi cómo se ponía de pie; bajo la deslumbrante luz del sol advertí, o así me lo pareció, el oscuro reflejo de un revólver en su mano. No tenía fusil, de eso estoy seguro.

El garañón blanco continuaba su pesada carrera, acercándose al lugar donde, inmóvil de un modo incomprendible, como escribía el autor, tal vez paralizado por el miedo, seguía en pie el desconocido con el revólver en la mano. Luego el jinete contenía el frenético paso del caballo y se llevaba el fusil al hombro, pero de pronto, sin haber oído el disparo, sentía un dolor atroz e impreciso y una cálida oscuridad le cubrió los ojos. Al cabo de un rato recobró el conocimiento por un breve y febril minuto, y entonces oyó unos pasos que se acercaban despacio, pero acto seguido todo volvió a hundirse en la nada. Un poco más tarde, mientras deliraba a las puertas de la muerte, percibió de forma confusa que había alguien a su lado.

Hice un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos y ver, finalmente, a la muerte. Había visto tantas veces su terrible rostro de hierro en mis sueños que no podía equivocarme, identificaría siempre esos rasgos, que conocía hasta el menor detalle. En cambio, para mi sorpresa, encima de mí vislumbré el rostro completamente desconocido de un joven pálido, con unos ojos distantes y soñolientos, o así me lo pareció. Era un muchacho, no tendría más de catorce o quince años, cuya fisonomía corriente y poco agraciada no expresaba nada más que un evidente cansancio. Siguió de pie unos segundos, después devolvió el revólver a la funda y se alejó. Cuando nuevamente abrí los ojos y en un postrer esfuerzo volví la cabeza hacia él, estaba montando mi caballo. Después perdí de nuevo el sentido y sólo lo recobré muchos días después, en el hospital. La bala del revólver me había atravesado el pecho medio centímetro por encima del corazón. Mi caballo apocalíptico no había conseguido llevarme hasta la misma muerte. Aunque creo que me quedé a unos pasos, y el caballo siguió su camino, aunque con otro jinete. Qué no daría por saber dónde, cuándo y cómo hallaron los dos la muerte y si ese muchacho se sirvió de su revólver para disparar a su espectro. Por otro lado, no creo que fuera un buen tirador, no tenía aspecto de serlo; el hecho de que me disparara había sido más bien fruto de la casualidad, pero, naturalmente, yo sería el último en reprochárselo. Tanto más cuanto que seguramente hace mucho tiempo que murió y se desvaneció en la nada a lomos de un caballo blanco, como en la última visión de esta aventura en la estepa.

No me cupo la menor duda de que el autor del relato era ese individuo pálido y desconocido a quien yo había disparado. Un simple encadenamiento de coincidencias de ningún modo podía explicar la absoluta similitud de los hechos y detalles tan concretos como el pelaje y el aspecto de los caballos. Miré otra vez la cubierta: «*I'll Come Tomorrow by Alexander Wolf*». Por supuesto, bien podía tratarse de un pseudónimo. Pero eso no me detuvo; deseaba cono-

cer de inmediato a ese individuo. El hecho de que se tratara de un escritor inglés también me resultaba sorprendente. Aunque Alexander Wolf bien podía ser mi paisano y conocer la lengua inglesa al punto de no necesitar la ayuda de un traductor; era la explicación más plausible. En cualquier caso, me propuse aclararlo costara lo que costase, pues me sentía ligado a ese individuo, a quien no conocía en absoluto pero cuyo recuerdo me había acompañado íntimamente desde hacía demasiado tiempo. Y él debía de sentir hacia mí un interés parecido; el relato revelaba que esa «aventura en la estepa» había representado un papel importante en su existencia, que incluso le había marcado aún más que a mí, a pesar de que su sombra ya difuminada también había ensombrecido mi destino durante muchos años.

Le escribí una carta a la dirección de la editorial londinense que había publicado el libro. Exponía los hechos que Wolf desconocía y le pedía que me indicara dónde y cuándo podíamos vernos, en caso de que, naturalmente, ese encuentro le interesara tanto como a mí. Pasó un mes, y no hubo respuesta. Quizá había tirado mi carta sin leerla a la papelera, suponiendo que era de una admiradora que le pedía una fotografía con su autógrafo y que deseaba saber su opinión sobre una novela que le enviaría a vuelta de correo o le leería personalmente si Wolf accedía a citarse con ella. Hasta cierto punto esto parecía lo más probable precisamente porque pese al indudable y verdadero arte con que estaba escrito, el libro poseía un atractivo especial para las mujeres. Sea como fuere, no recibí respuesta alguna.

Exactamente al cabo de dos semanas se me presentó la oportunidad de viajar a Londres para realizar un breve reportaje. Pasé allí tres días y aproveché la ocasión para ha-

cer una visita a la editorial que había publicado el libro de Alexander Wolf. Me recibió el director. Era un hombre grueso de unos cincuenta años, con un aspecto mitad de banquero y mitad de profesor. Hablaba francés con fluidez. Le expuse el objeto de mi visita en pocas palabras y le conté que había leído «La aventura en la estepa», y las razones por las que me había interesado el relato.

—Me gustaría saber si el señor Wolf ha recibido mi carta.

—El señor Wolf no se encuentra ahora en Londres—dijo el director—, y por desgracia en este momento no me es posible ponerme en contacto con él.

—Esto empieza a parecerse a una novela policíaca—dije sin disimular mi decepción—. No quiero hacerle perder su tiempo y le presento mis respetos. ¿Puedo contar con que cuando se ponga en contacto con el señor Wolf, si alguna vez lo hace, le hable de mi carta?

—Quédese tranquilo—me respondió apresuradamente—. Pero me gustaría añadir una cosa fundamental. Entiendo que su interés sobre la persona del señor Wolf tiene un carácter completamente desinteresado. Por eso debo decirle que el señor Wolf no puede ser la persona que tiene usted en mente.

—Hasta este momento estaba casi seguro de lo contrario.

—No, no—continuó—. Si no he entendido mal, se trata de un paisano suyo, ¿no es cierto?

—Sería lo más probable.

—En tal caso es absolutamente imposible. El señor Wolf es inglés, hace años que lo conozco y puedo dar fe de ello. Además, nunca ha abandonado Inglaterra más que durante dos o tres semanas seguidas, con frecuencia para ir a Francia o Italia. No ha ido más lejos, lo sé a ciencia cierta.

—Es decir, no es más que un malentendido, pero me sorprende.